

LAS TERTULIAS DEL 900

Hay en una obra de ese Federico García Lorca, tan amigo en España desde que tenía quince años de Cristián Delande, "Doña Rosita la Soltera", el segundo acto de la tertulia, que es una estampa de época. Más cerca de nosotros, se publicó el pasado año en Santiago un libro de Carlos Vattier, "Cuentos para Gente Simpática", donde uno: "Agenda 1900", evoca, no menos magistralmente que el malogrado poeta granadino, con no menos poesía ni humorismo y acaso con mayor profusión y concisión, ese empiezo de siglo, que viene a ser todavía un fin de siglo, puesto que, como lo dice su propio epígrafe: "el siglo XX comenzó en agosto de 1914".

Estas tertulias de ese Mil Novecientos deben de haberse pasado más o menos iguales en todas las partes del mundo; a condición de que fuesen dentro de la mesocracia, pues ya se sabe que las fiestas del pueblo son inmemorialmente las mismas, sin sujetarse a los cambios y mutaciones de las modas; y en cuanto a los saraos y bailes aristocráticos, substraense también al

marca, por su anodino fausto cosmopolita.

tiempo y a las diferencias típicas peculiares a cada co-

Es en la pequeña burguesía que abarca desde las lindes mismas de los oligarcas, plutócratas y grandes burgueses, hasta las propias fronteras del proletariado, donde debe buscarse y puede encontrarse lo cómicamente patético; en esa "áurea mediocridad" que más bien es algo así como un infantilismo de la suerte, con todas las oscuras heroicidades del "quiero y no puedo". En tal sentido "el 900", esencialmente cursi, viene a ser intrínsecamente clase media, y no otra cosa serían tampoco estas criollas y advenedizas sociedades nuestrás, sin solera, arraigo, ni pedigree".

Falto de espectáculos o de recursos para acudir a ellos, Santiago de Nueva Extremadura se diseminaba, se dispersaba en múltiples pequeñas reuniones sociales, porque su vida misma era aún más sociable y familiar. Ninguna familia que se respetara, y se respetaban todas, dejaba de reservar la mejor habitación de la casa, a esa especie de sancta santórum, conocido hasta poco antes por estrado, pomposamente llamado sala o salón.

Era una estancia, a veces enorme, según fueran las proporciones de la vivienda, generalmente con vistas a la calle y entrada independiente por el pasadizo o pasillo de la entrada. A puertas y ventanas cerradas herméticamente, conservábase fresca en plena canícula y glacial los días invernales, y tanto sus muebles como sus arañas de luces, permanecían enfundados y

envueltos en gasas hasta tanto un acontecimiento no venía a despojarles de sus sudarios.

Los tales muebles, "el amoblado", según solía decirse, eran generalmente amplios y cómodos con capacidad, el solo sofá a medallones, para unas cinco personas; un "vis a vis" o un "pouf" solían instalarse directamente debajo de la lámpara de colgar central, a veces a gas, a las veces con bujías y lágrimas de cristal de roca, cuyas barritas triangulares o cuyos adornos redondos y fascetados eran solicitadísimos por los niños de cada hogar, pues les irisaban poéticamente los objetos vistos a través suyo. No hay que olvidar que reinaba la época de la linterna mágica y del calidoscopio, ese a modo de catalejo para ver combinarse estrellas y flores fabulosamente imaginarias.

Medallones, flores y estrellas, solían estamparse en los papeles con que se tapizaba las paredes, en los biombo, las cortinas y las alfombras, "el alfombrado", como también se acostumbraba decir. Y había, además, "boules" y credencias, una que otra cornucopia y vastas cuadros representando escenas pintorescas o enterredoras. En las rinconeras muy simétricas, acomodábanse rizadas bailarinas, sujetas esquinadamente, búcaros con flores artificiales, de cera, trapo o papel, y conchas y caracoles de mar, descomunales, traídos sabe Dios de qué playas, y donde se oía, aplicándose los a la oreja, interminable zumbido de resacas y mareas. Entre sitial y sitial, una salivadera, también floreada.

Y existía un rito para visitar y para recibir. Apenas pasada la hora de la comida, que era de seis a

siete y media, tocando la oración, digamos, sonaba la campanilla y las personas de la casa, ya prevenidas y servidas de prisa y corriendo para alcanzar a "arreglarse", eran sorprendidas siempre en mitad de sus "composturas"; alguno, más diligente o menos prolijo, daba cara por los demás y salía el primero al salón donde habían sido introducidos ya los visitantes y donde, entre sí, cambiaban impresiones en voz baja, o se "arrelingaban" unos a otros. Entretanto, en la despensa, la eterna sirvienta vieja, disponía por primera providencia la mistela o la aloja y los dulces chilenos, y las muchachas levantaban la mesa y la ponían para el té con galletas y tostadas y a veces con jamón, fiambres y tortas.

Muchachas eran las del servicio doméstico, por cuanto las señoritas, de quince a noventa, cualquiera que fuese su edad, eran "las niñas", mientras no tomaran estado. "Voy a ver a las niñas", decía la abuelita de Cristián, refiriéndose a sus dos hermanas solteras, Carolina y Alejandra Cross (pintoras de acuarelas, abanicos y platos), poco menores que ella.

Una a una iban haciendo su teatral entrada las niñas, la señora, y hasta los niños de casa. Y cada vez se ponían en pie los de fuera y cambiábanse presentaciones, besos y cumplidos, con mil ceremoniosidades antes de volver a sosegar, porque la cortesía exigía que hablasen a un tiempo mismo todos los asistentes, y con un complicadísimo protocolo para los asientos, según fuera la edad y el rango y el sexo de cada cual.

"Miscá" Antuquita se había abrazado espectacu-

larmente en el medio del salón, en los medios, como se dice en lenguaje taurino, con Miscé Juanita, y ambas señoras habíanse repanchigado arrellanándose en el sofá, como dos reinas-madres bajo un dosel, mientras los jóvenes formaban grupos tampoco muy heterogéneos, por cuanto las doncellas quedaban a un lado y al otro los donceles, o pasaban a alborotar a la antesala. Si había caballeros, lo cual no era usual, íbanse a su vez, a fumar al escritorio, a echar sus tragos de fuerte, hablar de política o contar chascarros sólo para hombres. Hasta que del salón venían las cadencias del piano y entonces, sin necesidad de ser llamados, todos se presentaban al cuartel general y hacían acto de presencia, volviendo las hojas de la música y aplaudiendo a rabiar. Las mujeres todas tocaban o cantaban, a veces ambas cosas, como entendían de bordado, costura, repostería y culinaria y de medicina casera. Estaban de moda las melopeas, es decir los recitados a media voz sobre una música muy queda con estridentes apoyaturas; también se declamaba o se combinaban dúos como el de "Los Paraguas" (abriendo estos artefactos contra todas las leyes de la superstición que prohíben hacerlo bajo techo), de la revista "El Año Pasado por Agua", que fue creemos el 99; o se tocaba a cuatro manos. Una gavota, la de los Rippers, se ejecutaba ajustándose a la muñeca pulseras ad-hoc con cascabeles (como después vendrían las con "chiches"), para imitar las colleras de los postillones; otras piezas, "El Temporal del Cabo de Hornos" o "El Terremoto de Mendoza", generalmente le costaban alguna cuer-

da al piano y seguramente una visita del afinador. Se cantaba "En sueño de un jazmín / Formé una ilusión, / Tan bella como el abril / La purpurina flor", y se cantaba:

*Entre cortinas verdes
y azules rejas,
estaban dos amantes
dándose quejas.
Y se decían
y se juraban,
que sólo con la muerte
se olvidarían,
si se olvidaban.*

Raras veces se jugaba a las cartas, y si acaso en común, juegos, como "el Tonto" o "el Carga Burro", prestándose a bromas. Las Siete y Media son posteriores. La lotería era de más confianza, para de sobremesa en el mismo comedor y antes que se acostaran los niños, se encerrara a los gatos y se soltara a los perros. Solía llegar a perderse hasta una "chaucha" y a ganarse, con mucha suerte, hasta un peso.

Cristián cantó en sus mocedades, era su gracia y se le invitaba con la abuela, que lo acompañaba al piano, y el rollo de música del repertorio. Cantaba (y es de temerse con escasa afinación, pues toda la que ha tenido para la palabra escrita o hablada, le ha faltado para la música) el vals "Mercedes", "Penas del Amor" del maestro nacional Rodolfo Lucero, y silbaba un vals

de noctámbulos intitulado "Gente Alegre". También coreaba con sus hermanas "Los Doctores", del "Rey que Rabió" o "Los Marineros", de "La Gran Vía" y "sacaba" con su prima Carmela Thomson, otra hija del marino, el famoso dúo de "El Juramento":

*¡Tan-tan, niña a tu puerta,
llamando Amor está!*

Si el alba te despierta

Ay, abre sin tardar!

¡Tan-tan, tan-tan

Llamando Amor está!

¡Tan-tan, tan-tan,

Ay, abre sin tardar!

Todo este ejercicio secaba los paladares y era bienvenida la primera bandeja de aloja o de mistela y mejor llegaba la hora sacrosanta del té, donde la dueña de casa volvía a pontificar en la cabecera, de espaldas al trincherero. Se prolongaba la velada, sea en el mismo comedor, sea volviendo al salón y bailando; pero sólo en los días de santo se bailaba la cueca como corolario. Al despedirse los que se marchaban, se les acompañaba hasta la mampara y se aprovechaba para ponerle la tranca a la "puertecalle". Los comentarios iban con los que salían y quedaban con los que permanecieron. Se pasaba revista, por un lado, al servicio y la instalación de la casa y las voces del piano, y por el otro a la elegancia de las amigas y su don de gentes, con chismes y "pololeos". Había familias, como las Garretón, com-

puestas nada más de mujeres, temibles por su lengua; los Subercaseaux eran otros que tal y entre ellos mismos se jugaban malas pasadas y bromas pesadas. Manuel Mackenna, con ese como segundo apellido, escribió una tanda: "El Thé de don Facundo", algo como "Los Martes de las de Gómez", donde ponía en solfa a todos los suyos, la tribu Subercaseaux; hizo que los cómicos, con Pepe Vila a la cabeza, inocentes los pobres de lo que se trataba, imitaran, al maquillarse, las cabezas de tías bigotudas y primas turnias, y una noche la parentela en masa fue invitada al estreno en el Politeama. Sólo que, a la misma hora, el autor tomaba el expreso de Valparaíso y al amanecer siguiente, el barco rumbo a Europa...